

Generación de armonía entre los distintos géneros y generaciones de seres humanos: o de la promoción del vivir ético desde la pedagogía del amar

Harmony generation among the distinct genres and generations of human beings: or the promotion of ethical living from the pedagogy of love

*Carlos Alberto Palacio Gómez**

Recibido marzo 12 de 2012, aprobado mayo 29 de 2012

Resumen

El presente escrito desarrolla las ideas básicas que subyacen en el propósito de contribuir a un cambio cultural profundo de mentalidad, mediante la generación de armonía entre los distintos géneros y generaciones de seres humanos integrantes de una organización humana desde una perspectiva compleja o biológica cultural.

Palabras clave: género, generaciones, biología cultural, transformación cultural, malestar en la cultura, bienestar en la cultura, conflicto, armonía.

Abstract

This paper develops the basic ideas that support the goal of contributing to a deep cultural change of mentality, by means of the harmony among the different genres and generations of human beings integrating a human organization, from a complex or biological-cultural perspective.

Keywords: genre, generations, cultural biology, cultural transformation, discomfort in culture, welfare in culture, conflict, harmony.

* Ph.D. en Filosofía de la UPB, Ingeniero Civil de la Facultad de Minas de la Universidad Nacional de Colombia, Especialista en Literatura de la U de M, Especialista en Humanismo de la UPB, Especialista en Educación Moral y Cívica de la Universidad Complutense de Madrid, DEA en Pedagogía de la Diversidad Sociocultural de la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente es profesor de tiempo completo de la Institución Universitaria de Envigado. Fundador y director del Instituto Generador de Armonía Humana. Correo: carlospalacio@une.net.co

En la presente reflexión no comprendo la palabra *género* exclusivamente desde el punto de vista de la identidad sexual que una hembra o un macho humano desarrolla a través de su vivir cultural en una comunidad particular. Esta acepción, válida por supuesto, no es la única. Más bien, retomo la palabra *género*, desde el uso que le damos cuando afirmamos pertenecer al género humano, pero en un campo semántico más amplio, de manera que, por un *género humano*, entiendo, cualquier grupo de personas que se realizan de manera particular como seres humanos, así esa realización no sea del gusto del observador; y por *generación*, cualquier grupo humano que realiza de manera particular un género. Así, las jóvenes, las ingenieras, los niños, las deportistas, los artistas, los heterosexuales, los creyentes, etc., constituyen distintos géneros humanos; y cualquier grupo que constituya una identidad particular dentro de alguno de estos géneros, constituye una generación dentro de él.

Desde este punto de vista un ser humano no pertenece a un sólo género o generación, como de hecho apreciamos que sucede en la vida cotidiana. Según su fenotipo, estrato socioeconómico, profesión, afición deportiva, preferencia política, religiosa, sexual, musical, estética, etc., un ser humano podrá pertenecer perfectamente a una pléyade de generaciones y de géneros humanos distintos. Plantear como un proceso viable la *generación de armonía entre los distintos géneros y generaciones de seres humanos*, es un modo sistémico de crear un campo conversacional reflexivo suficientemente dinámico, integral y holístico, en el que ningún ser humano de cualquier género o generación quede por fuera del propósito de ser integrado a una comunidad, nación o planeta que provoque entre los distintos géneros y generaciones de seres humanos el deseo de vivir en ellas, respectivamente. Y esto es fundamental porque de lo que no conversa una persona, un género o una generación de seres humanos, no tendrá la experiencia de su existencia.

Ahora bien, preguntemos, primero, ¿cómo surge un ser humano integrando diversas generaciones de diversos géneros?, y segundo, ¿cómo inducir el cambio cultural que se sugiere mediante la generación de armonía entre los géneros y generaciones de seres humanos? Un ser humano surge entre seres humanos integrando generaciones particulares de géneros específicos, cuando la biología relacional de un *homo sapiens amans* ingresa a la biología cultural, es decir, a la vivencia del lenguaje¹ de dichos géneros y generaciones, como modos particulares de operar y de relacionarse consigo mismo, con otros congéneres y con el medio, consistente, en lo fundamental, en coordinar recursivamente acciones entrelazadas con un fluir de sentires relacionales íntimos y de emociones, que se expande a un vivir conversando, es decir, haciendo versos y haceres consigo mismo y con los otros, que va generando sucesivamente los mundos que dicho ser humano habita.

Se aprende a conversar viviendo con seres humanos que hacen su vivir en el conversar, se aprende sobre física, conversando sobre física con seres humanos que viven conversando sobre física, es decir, coordinando recursivamente acciones con los demás, junto con determinadas coordinaciones recursivas de acciones sobre el medio. Una vez ingresa al vivir cultural, todo lo que distingue como observador dicho ser humano lo convierte en una experiencia haciéndolo objeto de un conversar. Distinguir algo es, en este sentido, una operación física y psíquica en tanto que: primero, involucra el operar fisiológico que surge para el propio organismo en el espacio de su psiquismo y, segundo,

1 Maturana y Dávila abstraen el lenguaje como un fluir en coordinaciones de coordinaciones de haceres, de sentires relacionales íntimos y de emociones. (Maturana y Dávila, 2009, p. 5) La expresión coordinaciones consensuales recursivas de haceres, emociones y sentires relacionales íntimos debe ser comprendida como equivalente a la expresión coordinaciones de coordinaciones consensuales de haceres, emociones y sentires relacionales íntimos. La recursividad es una operación que vuelve a operar sobre el resultado de sus operaciones previas. Así, aplicada al funcionamiento del mecanismo generador del lenguaje humano, quiere indicar que lo peculiar de nuestras coordinaciones es que coordinamos sobre la base de la conservación de coordinaciones previas. Por ejemplo, para vernos con alguien coordinamos el sitio de encuentro, la hora, una vez nos encontramos con dicha persona allí, conservamos la cercanía espacio temporal coordinada y procedemos a coordinar otras acciones, caminar, hablar, bailar, comer un helado, etc.

involucra el espacio psíquico que a su vez surge en el espacio relacional conversacional del organismo con el medio.

Todo lo que toca al observador y es distinguido por él es envuelto automáticamente por su conversar personal, generacional y de género. En este sentido todo lo que existe para un ser humano, un género o una generación de seres humanos, es fruto de su vivir conversacional y aquello que no es distinguido en una conversación, no existe para dicho ser humano, para dicho género o generación. En otras palabras, si para los seres humanos no existe aquello de lo que no se conversa, entonces todo lo que sentimos, vemos, olemos, tocamos, degustamos y escuchamos, lo experimentamos como algo que surge de nuestro interactuar conversacional y lo que no distinguimos de tal modo, ni lo sentimos, ni lo vemos, olemos, tocamos, degustamos o escuchamos en nuestra conciencia.

Esto lo vivimos en nuestra vida cotidiana cuando con nuestro hacer coordinador recursivo de acciones, generamos experiencias nuevas que acotamos frente a experiencias previas por medio de acciones lingüísticas nuevas, que configuramos mediante juegos de semejanza y de diferencia desde acciones lingüísticas previas. Este es el mecanismo básico de generación y expansión de mundos de los seres humanos. Por ejemplo, cuando las mamás y los papás van a la piscina con sus hijos lo hacen porque conversan, es decir, porque coordinan coordinaciones de acciones con un sinnúmero de seres humanos: con ellos mismos, con el conductor, con quien inscribe a los niños, con los niños, etc.; y cuando los niños juegan por vez primera en la piscina, distinguen su movimiento corporal en el agua con la palabra “nadar”, a diferencia y semejanza de su movimiento corporal en la calle, que distinguen con la palabra “andar”.

También sucede cuando visitamos una nueva geografía y nos invitan a distinguir las distintas tonalidades de verde de la vegetación, de blanco de la nieve o de azul del mar; al primer intento no logramos apreciarlas, pero pasado un tiempo de insistir, coordinando recursivamente

acciones con nosotros mismos, con los otros y con el medio, empezamos a tener la experiencia que asociamos con la que los nativos querían compartir y la denominamos con juegos de semejanza y de diferencia desde acciones lingüísticas previas: verde esmeralda, blanco azulado o azul verdoso. De la misma manera, una generación, un género o un individuo que no converse de algún modo sobre algo, no tiene y no podrá tener de algún modo la experiencia de ese algo.

Así, si un género, una generación o una persona no conversa sobre los sentires íntimos, sobre las emociones, sobre la generación de bienestar y de armonía multidimensional, sobre la espiritualidad, sobre la divinidad o sobre cualquier dimensión poética o prosaica del vivir, no experimentarán la existencia de tales dimensiones, ya que todo lo experimentado por los seres humanos es configurado por los mismos seres humanos, cultural y biológicamente hablando, mediante el hacer relacional conversacional cultural y el operar fisiológico correspondiente de la biología.

Para que surjan algunos fenómenos ante nosotros, por poner un ejemplo, el agua hirviendo, debemos realizar algunas secuencias de series articuladas de acciones sin las cuales el fenómeno no brota, en este caso, colocar el agua en un recipiente metálico y someterlo a una temperatura de 100° centígrados si se está a nivel del mar; además todo lo percibido de cualquier modo por un observador, en este caso, las imágenes del agua reventando en burbujas, es producido por el sistema nervioso acoplado al organismo², de manera que lo percibido no son las imágenes emitidas por el agua que ingresan al observador, sino

2 En esta apreciación del funcionamiento del organismo y del sistema nervioso en relación con la percepción subyace la noción de "Determinismo Estructural" de Maturana según la cual ningún estímulo puede especificar la respuesta de una estructura a la cual perturbe, razón por la cual la percepción de algo a partir de un estímulo no es la captación de ese algo sino la respuesta, previamente estructurada en la estructura del sistema nervioso acoplado al organismo, al estímulo que la perturbó, que permite la más de las veces, cuando no estamos equivocados, hacer coherencias operacionales con el medio (Maturana, 2002, p. 34).

que son literalmente imágenes virtuales -no especulares- producidas o generadas por su propia biología a partir del estímulo externo, que le permiten hacer coherencias operacionales con el medio, hasta el momento en que espontáneamente llegue una nueva equivocación.

Todo lo distinguido por los seres humanos es generado por su fisiología (por sus coherencias operacionales y/o por sus operaciones de distinción) modulada por las conversaciones y acciones sobre el medio. Ver el agua hirviendo no puede lograrse con cualquier tipo de conversación, ni con cualquier tipo de acción sobre el medio, ni con cualquier operar de nuestra fisiología. Y lo mismo sucede con el deseo de generar un vivir armónico, no se logra con cualquier tipo de conversación ni con cualquier operar de nuestra fisiología.

Nuestras realidades no son el fruto del ingreso de información de algo externo a nuestra fisiología que nos notifique de su existencia, nuestras realidades no son informativas, son generativas y todo lo que distinguimos constituyéndolas es generado con nuestras secuencias articuladas de acciones y su correlato operacional fisiológico, como acabamos de ver. Las organizaciones humanas, bien sean estas familiares o laborales, que no hagan objeto de sus conversaciones los mecanismos generadores de bienestar integral o los procesos generadores de un vivir armónico, individual y colectivo, no pueden visibilizar ni hacer posible un devenir cultural centrado en la generación de bienestar integral. Conversar sobre algo es generar la experiencia de su existencia.

Retomemos ahora la segunda pregunta ¿cómo inducir un cambio cultural como el que se sugiere mediante la generación de armonía entre los distintos géneros y generaciones de seres humanos de una comunidad? Es claro que en el vivir cultural, como un vivir en el lenguaje, encontramos tanto experiencias de malestar como de bienestar; ambos tipos de experiencias son generados por nuestro ser biológico envuelto indisolublemente en su devenir cultural, de modo que si en nuestras conversaciones hacemos un cultivo consciente o inconsciente de las

emociones, sentires relacionales íntimos y acciones involucradas en las experiencias de bienestar o de malestar, obtendremos una cultura centrada con más énfasis en uno de estos dos tipos de experiencias.

Tanto el malestar en la cultura como el bienestar en ella son biológicos culturales, no son en sí, son generados por el tipo de conversaciones cultivadas, de manera que si se quiere cambiar la cultura, esto es, la producción de malestar o de bienestar, hay que cambiar las conversaciones que se practican en la cultura, es decir, hay que cambiar: los modos como coordinamos recursivamente acciones, los sentires relacionales íntimos y las emociones involucradas en ellas. En nuestro medio académico se ha hecho un elogio de la dificultad, en parte, para reconocer el conflicto como integrante de la vida de los seres humanos, en parte, para evitar que el anhelo de una vida sin él produzca más desencantos o conflictos más hondos, en parte, para enraizar esta vida en esta vida y no en una imaginada e idealizada.

Pero también hay que afirmar que las experiencias de armonía forman parte de la vida de los seres humanos, ellas también son experiencias válidas, legítimas y espontáneas que los seres humanos reconocen que surgen en su vivir, de modo que, parece igual de equívoco pensar una vida por definición exenta de conflicto como pensar una vida por definición exenta de armonía. Una visión dialógica³ nos conduce a reconocer la apertura de los seres humanos a la generación de experiencias armónicas y conflictivas que culturalmente pueden volverse objeto de cultivo, desde la aceptación de que ambas surgen intempestivamente de cualquier modo en el vivir. Sabiendo que hay muerte, enfermedad, imprevistos, equivocaciones, accidentes y desencantos, pero también, que hay nacimiento, cura, aciertos, casualidades afortunadas, alivio y

3 El principio dialógico de Edgar Morin plantea que los elementos opuestos también guardan una complementariedad entre sí. Personalmente lo acojo no como un principio independiente del observador, sino como la posibilidad que el observador tiene de establecer vínculos de mutua consistencia entre elementos que aparentemente distingua en absoluta oposición.

confianza, se puede elegir vivir: *queriendo el vivir, queriéndose a sí mismo y queriendo a los demás.*

Ahora bien, si aceptamos que los seres humanos generamos con nuestros congéneres, por géneros y por generaciones, tanto experiencias armónicas como conflictivas en la relación consigo mismo, con los otros y con lo que nos rodea, debemos reconocer la responsabilidad y la libertad que nos cabe de elegir responder a las experiencias conflictivas: de manera conflictiva o de manera armónica⁴. De esta disyuntiva dependerá que en la biología cultural de una pareja, familia, empresa, instituto gubernamental, o de una nación en general, se establezca una dinámica operacional relacional u otra.

La posibilidad de inducir en la nación colombiana o en cualquier otra, un proceso de transformación cultural profundo que nos conduzca a la vivencia espontánea de la ética en la vida cotidiana –entendida como el arte y la ciencia del saber vivir en la generación, conservación y ampliación del bienestar multidimensional, corporal, psicológico, social y espiritual, en sí mismo, en los otros y en el medio, centrados en el respeto, la responsabilidad y la libertad– al reducir a casos excepcionales los fenómenos de agresión y violencia infantil, intrafamiliar, generacional, de género, delincuencia y política, pasa por la generación de conciencia sobre el modo como abordamos el conflicto en la cotidianidad, si lo abordamos conflictiva o armónicamente. Hay culturas centradas en los juegos de verdad y de poder, de competencia y de guerra que se estructuran de modo jerárquico y privilegiante mediante

4 Benoit Mandelbrot creó, en el siglo pasado, la geometría fractal. Dicha geometría está constituida por objetos intrincadamente complejos pero que son generados a partir de un elemento simple de partida, sobre el cual se ejecuta una operación de transformación, que vuelve a operar sobre el resultado de su operar previo y así sucesivamente. La recursividad, como una operación que vuelve a operar sobre el resultado de su operar previo, es central en la geometría fractal y sirve de base para visualizar los procesos profundos de transformación cultural; si cultivamos el afrontamiento de los conflictos desde posturas armónicas o si cultivamos el afrontamiento de los conflictos desde posturas conflictivas generaremos procesos fractales culturales que darán por resultado culturas diversas y no igualmente deseables para un observador o comunidad de observadores.

prácticas constantes de imposición y de concesión desarrolladas por agentes cambiantes de dominación y de subordinación.

Hay también culturas centradas en un vivir cultural colaborativo que se estructuran mediante relaciones consigo mismo, con los otros y con el medio, caracterizadas por prácticas constantes de mecanismos generadores de bienestar, sin primacías o privilegios existenciales, sin diferenciales valorativos ontológicos entre los diferentes individuos, géneros y generaciones de una comunidad⁵. En ambas culturas se puede cultivar un vivir sin contradicciones con el respectivo modo de vivir. Y así se vive hasta que se ingresa a una contradicción profunda con dicho vivir. Lo crucial entonces de un cambio cultural profundo es elegir el modo cultural que se quiere vivir y generar redes conversacionales congruentes con tal propósito.

Los géneros de seres humanos dentro de una comunidad específica, son generados por un vivir cultural concreto que se conserva y se transforma entre generaciones, de modo que, si se quiere contribuir a un proceso transformacional cultural profundo en una comunidad determinada, por ejemplo, en la colombiana, es menester que una generación de adultos generen modos conversacionales diferentes, esto es, modos conversacionales que eduquen de una manera distinta a una nueva generación de niñas, niños y jóvenes, al cultivar irrestrictamente el sentir íntimo de estar dando un buen trato a los distintos géneros y generaciones de colombianos a través de sentir el respeto irrestricto en cualquier encuentro intra e interpersonal.

Prácticamente todos los seres humanos actuales hemos aprendido y enseñamos algunos modos, unos más dañinos que otros, de agredirnos y de agredir a los otros, y dichos comportamientos nos parecen normales

5 Foucault plantea los juegos de verdad y de poder y los juegos éticos-estéticos como prácticas que indican dos modos relacionales básicos de contacto consigo, con los otros y con el mundo, que pueden ser asociadas a distintos tipos de vivir cultural, en nuestro caso, el primero, a las culturas jerárquicas y privilegiantes, y el segundo, a las culturas horizontales y colegiantes.

en sentido humano, aunque en verdad lo sean únicamente desde un punto de vista estadístico. En tanto que una cultura esté constituida por un modo particular de conversar, puede generar lo que quiere ver dentro de ella como normal, cultivando el modo conversacional respectivo. En cualquier cultura los comportamientos cultivados inter generacionalmente serán vistos como normales por los nuevos integrantes de dicha cultura, hasta que ingresen a una contradicción con dicho vivir. Así, lo crucial de un vivir cultural de pareja, familiar, comunitario o nacional, es la determinación del vivir cultural que verdaderamente se quiera cultivar y la implementación de mecanismos que viabilicen dicho cultivo como una práctica constante y recursiva del vivir cotidiano.

Dicho de otra manera, el cambio cultural profundo de nuestra sociedad requiere que una generación de adultos se consagre al cultivo de un modo de vivir centrado en el amor multidimensional, esto es, corporal o emocional, psicológico o sentimental y espiritual o universal, para que sea transmitido espontáneamente, en la interacción personal en la vida cotidiana, a una nueva generación –y no sólo abordado discursivamente en las aulas de clase donde se reflexiona sobre estos asuntos– que la aprenda a vivir recíprocamente de una manera espontánea también. Pero ¿en qué consisten estas dimensiones del amor? El amor emocional es la disposición corporal en la que los otros y uno mismo surgen como seres válidos incondicionalmente en sí mismos en sana convivencia; el amor sentimental es el sentir relacional que expresa el deseo de ampliar la convivencia con los otros; y el amor espiritual es la devoción por la relación que se establece desde la emoción y desde el sentimiento del amor, que conlleva, a pesar de no poder cristalizar o no desear el amor sentimental, a conservar el emocional.

Puesto que somos seres reflexivos en virtud de nuestro vivir en el lenguaje y dado que cada uno se aprecia y se trata a sí mismo con todas las emociones y sentimientos con que nos relacionamos con los demás, desde el amor hasta la agresión, el propósito del vivir en la generación

de amor multidimensional debe ser expresado y dimensionado desde una relación amorosa entre el *yo* y el *sí mismo* de cada quien, es decir, mediante un vivir que exprese en el hacer concreto cotidiano prácticas de cuidado de sí mismo en lo corporal, en lo psicológico y en lo espiritual, que pueden ser de múltiples variantes y orígenes, pero que deben llevar a cada quien a sentir satisfacción de estar en sí mismo, de tener la sensación de estar viviendo bien en sí mismo, de estar bien acompañado cuando se encuentre en soledad.

El cultivo del vivir en el amor multidimensional no invalida las emociones y sentires como el enojo o la rabia, sólo que nos conduce a no cultivarlos excesivamente teniendo en cuenta que somos seres culturales y que podemos sobrepasarnos en tal cultivo si una disposición reflexiva no nos acompaña. En este sentido, si los colombianos queremos efectivamente un cambio cultural que haga excepcionales los eventos de agresión y violencia infantil, intrafamiliar, generacional, de género, delincuencia y política, deberemos poner en suspenso la objetividad de muchos comportamientos que vemos como normales, en especial, deberemos aprender y aprender a enseñar a abordar los conflictos armónicamente de cara a lo que queremos que en Colombia sea normal: el amor, el respeto y la dignidad.

K

Referencias

- Freud, Sigmund (1991) *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Foucault, Michel (1987) *Hermenéutica del Sujeto*, Madrid: Ediciones Endimión.
- Maturana, Humberto y Verden-Söller, Gerda (2003) *Amor y juego: fundamentos olvidados de lo humano*, Chile: J. C. Sáez.
- Maturana, Humberto (2002) *Transformación en la convivencia*, Santiago de Chile: Dolmen Ensayo.
- Maturana Humberto y Dávila Ximena (2008) *Habitar humano en seis ensayos de biología cultural*, Santiago de Chile: J.C. Sáez Editorial.
- Mandelbrot, Benoit (2000) *Los objetos fractales*, Barcelona: Tusquets Editores.
- Morin, Edgar (1983) *El Método II: la vida de la vida*, Madrid: Cátedra.
- Morin, Edgar (1994) *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona: Gedisa.